

## **Guerras, extremos, intérpretes**

**Jesús BAIGORRI JALÓN**  
**Universidad de Salamanca**

**Como citar este artículo:**

BAIGORRI JALÓN, Jesús (2003) «Guerras, extremos, intérpretes», en MUÑOZ MARTÍN, Ricardo [ed.] *AIETI. Actas del I Congreso Internacional de la Asociación Ibérica de Estudios de Traducción e Interpretación. Granada 12-14 de Febrero de 2003*. Granada: AIETI. Vol. n.º 2, pp. 159-176. ISBN 84-933360-0-9. Versión electrónica disponible en la web de la AIETI:  
<[http://www.aieti.eu/pubs/actas/I/AIETI\\_1\\_JBJ\\_Guerras.pdf](http://www.aieti.eu/pubs/actas/I/AIETI_1_JBJ_Guerras.pdf)>.



# Guerras, extremos, intérpretes

Jesús BAIGORRI JALÓN  
Universidad de Salamanca  
baigorri@usal.es

## Resumen

Recientemente presenciamos lo que CNN quiso mostrarnos sobre las acciones militares en Afganistán. Era difícil prever hace unos años que se iban a necesitar intérpretes afganos y que el albanés o el serbocroata serían idiomas estratégicos. Guerras y «extremos» (como Hobsbawm (1994) se refiere al siglo XXI son fuente de demanda de intérpretes y crean a veces las condiciones para aprender idiomas, para perfeccionarlos, explotarlos o practicarlos. También provocan desplazamientos de población, en masa o selectivos, con consecuencias para los protagonistas directos y frecuentemente para sus sucesores. Esos desplazamientos explican algunos aspectos de la interpretación en el siglo XX. Las guerras y los cataclismos de origen humano modifican la configuración geopolítica del mundo y la distribución del poder, incluidos los idiomas. El resultado de la segunda guerra mundial explica que el alemán no fuera idioma oficial de las Naciones Unidas a diferencia del ruso o el chino, menos aptos entonces como medio de comunicación internacional. En el trabajo, basado en fuentes orales y escritas, se exponen casos de intérpretes, particularmente de conferencias, que lo fueron por azar (como era habitual hasta la reciente aparición de escuelas de interpretación), por circunstancias asociadas a las guerras y «extremos» del siglo XX: primera guerra mundial, revolución soviética, nazismo, guerra civil española (con especial referencia a los «niños de la guerra» y en concreto a una «niña de la guerra» intérprete y traductora), segunda guerra mundial y «guerra fría». En las conclusiones se alude a cómo las guerras y «extremos» afectan a diferentes generaciones, a que las guerras requieren una comunicación multilingüe donde los idiomas son armas estratégicas, a las consecuencias demográficas y al hecho de que las negociaciones de paz y los reequilibrios geoestratégicos posteriores a las guerras frecuentemente requieren mediación lingüístico-cultural.

## 1. Introducción

Para presentar el tema de esta investigación creo que es necesario hacer algunas consideraciones preliminares, de las que se desprenderán las observaciones que haré a los casos concretos con los que se ilustrará la exposición. Para que una persona pueda llegar a ejercer el oficio de intérprete tiene que cumplir una serie de condiciones previas indispensables. Tiene que conocer los idiomas entre los que vaya a interpretar. También debe estar familiarizado con las culturas asociadas a esos idiomas y con los temas sobre los que vaya a versar el acto en el

que se produzca la mediación. Además, y esto es algo que suelen pasar por alto quienes no conocen la materia, tiene que saber interpretar profesionalmente (técnica y código deontológico).

En cuanto al aprendizaje de los idiomas, la génesis del multilingüismo y del multiculturalismo es muy variada (Taft 1981:65 ss), pero en todo caso intervienen diversos factores que conviene tener en cuenta. Existe cierto consenso en el sentido de que la adquisición de los idiomas se produce con más naturalidad durante la infancia (Pinker 1995:290). Pero no es menos cierto que la motivación, con independencia de la edad, es probablemente el elemento que más puede influir en un sujeto para que aprenda un idioma. La motivación depende, evidentemente, de circunstancias muy diversas. Un niño tiene necesidad de comunicarse en primer lugar con su madre y por tanto aprenderá de forma más inmediata el idioma que ella le hable. El hijo de una pareja que habla idiomas distintos tendrá interés (inconsciente) por comunicarse con ambos progenitores y, por tanto, aprenderá los dos códigos de comunicación que sus padres utilicen con él, al margen de cuál sea el idioma que se hable en el entorno social en el que vivan. Cuando parte de las funciones de los padres las ejerce otra persona, por ejemplo una criada o una institutriz, el niño también aprende el idioma en el que le habla dicha persona. En el período de escolarización es la escuela la que ejerce mayor influencia a la hora de consolidar el idioma del sujeto en cuestión. En este sentido, hay circunstancias que pueden influir decisivamente en la motivación de los niños y adolescentes para la adquisición de idiomas, entre otras cuál sea su nivel de integración en el entorno académico y social del idioma dominante en el que estudian, cuál sea el idioma que están aprendiendo (por ejemplo, qué prestigio social tenga) y cuál el nivel de exposición al mismo en el entorno en el que se desenvuelven.

Creo que conviene ahora reflexionar brevemente sobre el peso que determinados idiomas tienen y han tenido en el contexto internacional, para buscar el porqué de su mayor o menor peso político. Después de la primera guerra mundial el inglés se ganó un lugar en el marco de las negociaciones internacionales tras una batalla que dieron el Presidente estadounidense Wilson y el Primer Ministro británico Lloyd George para poner fin al monopolio de hecho del francés como idioma diplomático. El bilingüismo inglés-francés persistió durante los años 1920 y 1930. Pero después de la segunda guerra mundial, el nuevo balance geopolítico trajo consigo una elección de idiomas oficiales para las Naciones Unidas que excluían los de los vencidos e incluían, además del inglés y el francés que venían de atrás, el ruso, el chino y el español, cada uno de ellos con virtualidades de comunicación diferentes. El árabe no sería idioma oficial de las Naciones Unidas hasta los años 1970, de la mano de la crisis del petróleo.

En la Unión Europea, como sabemos, las cosas han sido de otro modo, y del puñado de idiomas oficiales del Tratado de Roma de 1957 se ha pasado en la actualidad a once, que pronto serán muchos más con la adhesión de los nuevos países miembros de la Europa central y oriental. Todos los idiomas oficiales son potencialmente idiomas de trabajo y se utilizan al completo por ejemplo en las sesiones del Consejo o del Parlamento Europeo. Pero las limitaciones presu-

puestarias y profesionales (no es fácil encontrar intérpretes «directos» entre determinadas combinaciones lingüísticas) han hecho que la Unión Europea adopte regímenes lingüísticos variables en función de las necesidades reales de las reuniones. Ello hace que en determinados casos se utilicen sólo algunos idiomas como activos y pasivos y que en otras se adopten sistemas asimétricos, según los cuales hay un número menor de idiomas activos (en los que se recibe interpretación) que pasivos (en los que pueden expresarse los representantes).

El hecho de que un idioma sea oficial en una organización internacional es, naturalmente, un factor decisivo para su promoción y su utilización, con independencia de cuáles sean sus méritos como instrumento de comunicación internacional. Así, por ejemplo, el chino se incluyó entre los idiomas oficiales de la ONU sin que en aquellos momentos sirviera de comunicación entre países, sino sólo entre los habitantes de un país, ciertamente populoso. El ruso, por su parte, adquirió durante la «guerra fría» una preponderancia que excedía con mucho su peso como idioma de comunicación internacional. Durante muchos años el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas se convirtió en un foro privilegiado en el que aireaban sus posiciones respectivas los dos bandos de esa «guerra fría», lo que trajo consigo que en los debates de los años 1950 y 1960 la duración de las intervenciones soviéticas fuera extraordinariamente prolongada.

Los factores políticos tienen un peso decisivo en la elección de los idiomas oficiales en una organización y de esa decisión derivan automáticamente consecuencias importantes. En efecto, la condición de «oficiales» otorga una ventaja comparativa considerable a quienes son hablantes nativos de los mismos y una discriminación inmediata para quienes no los dominan. Curiosamente, no se suele reflexionar sobre el hecho de que aproximadamente un 60% de los representantes de los Estados Miembros de las Naciones Unidas se vean obligados a intervenir en las reuniones en un idioma ajeno, aunque algunos de sus idiomas propios, como el portugués, el malayo o el swahili, tengan un gran número de hablantes o sean idiomas oficiales de varios países. Lo más curioso es que se acepta con toda naturalidad como un hecho consumado, aunque haya una conciencia clara de que ese estatuto se ha adquirido gracias a relaciones fuerza (Calvet 2002:139-140 y 147).

Veremos cómo fue el giro de la historia el que hizo que los «niños de la guerra» españoles exiliados en la URSS se encontraran con un bagaje lingüístico de gran importancia para los años de la «guerra fría».

## **2. Extremos e interpretación: esbozo histórico**

Durante la primera guerra mundial, que durante largos períodos estuvo caracterizada por el empantanamiento de ambos bandos combatientes en las trincheras, se produjeron cambios en las posiciones que propiciaron el contacto entre individuos de diferentes lenguas entre los cuales tuvo que ser necesario el aprendizaje del idioma del otro y la mediación lingüística a través de bilingües más o menos perfectos (Arnaud 1966). Y ello no sólo entre los enemigos, sino también entre los propios aliados, que hablaban idiomas diferentes, lo que

obligó a la creación de los comités interaliados en los que velaron sus armas algunos de los que más tarde serían intérpretes en las organizaciones internacionales creadas tras la guerra. Baste citar como ejemplos a Paul Mantoux, que fue el intérprete principal en las negociaciones de la Conferencia de Paz de París en 1919 (Baigorri 2000:33-34) y a Jean Herbert, a quien se le considera como uno de los fundadores de la profesión de intérprete tal como la conocemos hoy (Herbert 1978:5-6). Aunque pueda parecer a primera vista extraño, entre las pequeñas unidades que permanecían enfrentadas en la guerra de trincheras, se desarrolló la cooperación y el sistema de «vivir y dejar vivir», que llegó a manifestarse en «treguas directas, pactadas a gritos o por señas» (Axelrod 1986:84). Probablemente también mediante contactos verbales, en los casos de soldados que conocieran el idioma del enemigo.

Pero la guerra no fue estática, sino que las líneas del frente evolucionaron según las fases, provocando la ocupación temporal de territorios por tropas extranjeras. Por ejemplo, los alemanes ocuparon en sus ofensivas iniciales, entre otras, zonas francesas que, al final de la guerra, serían liberadas por las tropas aliadas, en concreto por contingentes de habla inglesa. Ese vaivén de fronteras es lo que le permitió a Léon Dostert aprender el idioma del ocupante primero y el inglés después. Dostert tenía diez años en 1914 y había nacido junto a Verdún, una zona de encrucijada sometida a esos trasiegos de tropas. Acabaría siendo intérprete y organizador del sistema de la interpretación simultánea en el proceso de Nuremberg y luego en las Naciones Unidas. Más tarde sería uno de los pioneros de los proyectos de traducción automática en Georgetown (MacDonald 1967).

El peso decisivo de los Estados Unidos en el resultado de la contienda le otorgó una posición de influencia en las negociaciones de paz, con consecuencias importantes en el ámbito lingüístico y diplomático. En lo lingüístico significó el avance del inglés como idioma de comunicación diplomática internacional, que empezó a poner en cuestión el monopolio del que había gozado el francés desde la época del cardenal Richelieu e inauguró una época de bilingüismo oficial de cuya inercia aún vive el francés en nuestros días en determinadas organizaciones internacionales, aunque haya cedido mucho terreno ante el inglés (Durand 1997). En lo diplomático, el talante del Presidente Wilson se reflejó en la creación de la Sociedad de Naciones y un nuevo tipo de diplomacia, llamada por Lord Hankey (1946) «de conferencias», que fue el entorno en el que se crearon los primeros puestos de traductores e intérpretes de plantilla y también un mercado incipiente de intérpretes independientes. Buen número de estos traductores e intérpretes habían participado durante la guerra y postguerra en funciones lingüísticas: ministerios de guerra y de propaganda, comités interaliados, comisiones de reparaciones...

La revolución soviética, enmarcada dentro del entorno de la primera guerra mundial, fue un cataclismo de enorme envergadura que provocó, entre otras muchas cosas, considerables desplazamientos de población. En particular, la salida del país de los grupos más privilegiados del régimen zarista. Siguieron diferentes rutas en su exilio, pero un gran número de ellos acabó recalando en París, donde hubo un tiempo en el que se decía que todos los taxistas (¡y hasta

algún que otro barrendero!) eran «príncipes» rusos. Después de todo, el francés era la lengua que aprendía la aristocracia rusa desde la infancia, reservando el ruso a veces sólo para la comunicación con la servidumbre. De los que salieron de Rusia en el entorno de los acontecimientos de 1917 surgió uno de los filones más ricos de intérpretes de conferencias. Algunos de los que abandonaron su país siendo adultos jóvenes, como Mary Jaquith y Nicholas Orloff, fueron de los primeros intérpretes rusos en las Naciones Unidas. Los que eran niños en el momento de la revolución o incluso los que nacieron en el exilio mantuvieron su ruso gracias a sus padres y abuelos y fueron de los intérpretes más jóvenes en Nuremberg (Heyward Vassiltchikov, Klebnikov) y en las Naciones Unidas (Thorgevsky, Teslenko, Yakovlev, Soubbotnik, Meiksins).

Un cataclismo de origen humano con grandes consecuencias para la oferta y demanda de intérpretes fue la instauración del régimen nazi en Alemania, que provocó una depuración «étnica» de colosal envergadura y unos movimientos forzados de población en masa. Muchos de los afectados por la salida forzosa volvieron como intérpretes al juicio de los verdugos de sus parientes. Wolfe Frank escapó de Alemania a Inglaterra y en Nuremberg sería uno de los intérpretes más brillantes (Persico 1994:220, 268-269). Otra figura importante de la interpretación en aquel proceso, Peter Uiberall, había salido de Austria en 1938 (Gaskin 1990:7-13). Algunos sucesores de los emigrados forzosos también acabaron en las Naciones Unidas, trabajando a veces, por los avatares de sus periplos migratorios, con combinaciones lingüísticas que no habrían podido suponer sus padres (como, por ejemplo, N. Weiss, hija de austríacos emigrados a Colombia que acabó trabajando en cabina española).

La guerra civil española provocó el exilio de mayores dimensiones de la historia de España en términos absolutos. Un fenómeno de particular interés para el tema que nos ocupa fue el de la salida de los «niños de la guerra». Más de 30.000 niños fueron enviados por sus padres a otros países con el fin de librarlos de las atrocidades bélicas, con la convicción de que se trataba de una separación pasajera. La mayoría de los niños regresó con sus familias después de poco tiempo, pero hubo un grupo de unos 3.000, que habían sido enviados a la Unión Soviética en 1937 y 1938, que se vieron atrapados por la Segunda Guerra Mundial y sus epígonos de la «guerra fría» y que tardaron muchos años en regresar. Estos niños habían ido acompañados por educadores españoles y se mantuvieron juntos recibiendo educación en español al menos durante la escolarización previa a los estudios de bachillerato y de formación profesional, que ya cursaron en ruso. Muchos aprovecharon sus competencias lingüísticas para trabajar como traductores, intérpretes, locutores de radio, etc. en la Unión Soviética o, más tarde, en España, en las organizaciones internacionales y también en un país que, por las circunstancias de su historia, estaría alineado durante muchos años con la Unión Soviética, Cuba.

La segunda guerra mundial, al igual que sucedió con la primera, causó desplazamientos enormes de gente, que con frecuencia se pudo llevar como único bagaje sus lenguas. También provocó situaciones de aprendizaje o práctica de idiomas en entornos nada agradables. Jorge Semprún recuperó el español en el campo de concentración de Buchenwald. Vernon Walters, que

había aprendido el francés como un hablante nativo en sus años escolares en Francia, es uno de los ejemplos más ilustrativos del poder estratégico de los idiomas. Sus conocimientos lingüísticos fueron clave para su larga carrera de agente de inteligencia militar, intérprete y diplomático, carrera que empezó interrogando prisioneros de guerra en Marruecos en 1942 (Walters 1978:36). Algunos adquirieron en esas circunstancias las bases multilingües que resultaron esenciales para la interpretación de conferencias en las organizaciones nacidas tras la guerra para la reconstrucción de los países destruidos. En las misiones del Plan Marshall empezaron a interpretar Danica Seleskovitch y Monique Fong Wust, por ejemplo. Lamentablemente, aunque las Naciones Unidas surgieron tras la guerra como una organización resuelta según su Carta «a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra que dos veces durante nuestra vida ha infligido a la Humanidad sufrimientos indecibles», los votos hechos por los redactores de la Carta no se hicieron realidad y en ese siglo de extremos los cataclismos de origen humano y las guerras continuaron infligiendo sufrimientos a un gran número de personas. Prácticamente sin acabar la guerra mundial y sin saldar aún las cuentas en Nuremberg y en Tokio, comenzó un enfrentamiento sordo, la «guerra fría», que tuvo ramificaciones insospechadas en la guerra de Corea (Ekvall 1960), en la crisis de los misiles de 1962, y en muchos otros países del llamado «Tercer Mundo» para distinguirlo de los otros «dos mundos» que encabezaban el enfrentamiento y la carrera alocada hacia el logro de la destrucción mutua garantizada, que tiene unas siglas tan apropiadas en inglés, «MAD». Todas esas ramificaciones tuvieron repercusiones en las tareas de interpretación.

### 3. Una «niña de la guerra» intérprete

En el caso que voy a presentar, como muestra de un fenómeno más amplio que está por estudiar de forma monográfica, Araceli Ruiz Toribios, una niña de la guerra civil española, llegó a dedicarse a tareas de traducción e interpretación al aprovechar los avatares de su historia personal y los de la Historia con mayúsculas.

Aunque sea un ejercicio difícil y arriesgado tratar de figurarnos cuál hubiera sido la vida de la niña Araceli, en el seno de una familia modesta compuesta por sus padres y otras cinco hermanas, nacida en la España de 1924, no es del todo descabaldo suponer que, estadísticamente, su vida habría sido la de tantas niñas de su generación, que apenas recibieron escolarización y que se dedicaron a tareas de ama de casa, o a «sus labores». La guerra civil española cambió su vida, como la de tantos otros, de una forma radical. Enviada a la Unión Soviética para un período que sus padres preveían muy breve con el fin de librarla de las penurias de la guerra, amplió su horizonte a un país muy distinto, en el que la solidaridad internacional hizo que se le permitiera mantener el español, en el entorno de las «casas de niños» españoles con instructores españoles, al tiempo que aprendía el ruso y que se le ofrecía una posibilidad –entonces impensable en la sociedad española– de seguir estudios

universitarios en una Unión Soviética en la que la igualdad entre los sexos empezó mucho antes que en la mayor parte de los países del mundo. No olvidemos que la actividad de intérprete en las fechas en las que Araceli la ejerció era fundamentalmente desempeñada por varones.

El resultado de la segunda guerra mundial fue decisivo a la hora de potenciar su combinación lingüística, ya que el ruso se convirtió en idioma oficial de las Naciones Unidas y, aunque ella no ejerciera en ese entorno, adquirió un mayor peso en el concierto lingüístico mundial. El balance de la segunda guerra mundial fue también decisivo en la configuración geopolítica del mundo. Para los países occidentales la Unión Soviética se convirtió en un cáncer peligroso y acuñaron la expresión de «guerra fría» para definir sus relaciones con el hasta entonces aliado fundamental para derrotar a los ejércitos de Hitler. La política de oposición sistemática entre ambos bloques, junto con los principios antiimperialistas y descolonizadores propugnados por la ideología internacionalista soviética, llevaron al enfrentamiento por peones interpuestos entre los dos bloques, enfrentamiento que a punto estuvo de llegar a una nueva guerra mundial en 1962 en Cuba, donde el movimiento revolucionario castrista encontró apoyo en la Unión Soviética. Ese apoyo exigía la presencia de mediadores lingüísticos. De los aproximadamente 400 «niños» de la guerra hispanosoviéticas que aún viven «quedan decenas de «niños» en Cuba, de los que llegaron a comienzos de los sesenta como asesores y sobre todo intérpretes para ayudar a la revolución castrista» (López 2003:81). Entre ellos se encontraba la «niña» Araceli, que cifra en su entrevista también en algunas decenas el número de compatriotas que hicieron labores de mediación lingüística en Cuba.

Vamos a ver de qué manera adquirió Araceli Ruiz Toribios los requisitos necesarios para poder ejercer la interpretación. Araceli, como gran parte de los mediadores lingüístico-culturales, posee una biculturalidad idiogénica secundaria (Taft 1981:71), ya que había adquirido su cultura primaria en España antes de emigrar a la Unión Soviética. Se fue de España con trece años, una edad crítica desde el punto de vista de su evolución cerebral para el aprendizaje del otro idioma (Pinker 1994:293). Si el transplante a la URSS hubiera sido radical, lo normal es que hubiera perdido el idioma español y otras referencias culturales, ya que la comunicación con la familia de España fue muy limitada durante muchísimos años debido a las circunstancias políticas, y es sabido que los niños aprenden con mucha facilidad un idioma nuevo, pero con igual facilidad pueden olvidar el idioma que no utilicen de manera habitual (Harding y Riley 1987:41). La presencia de los educadores españoles y la convivencia en «casas de niños» con otros españoles sirvió para que siguiera estando expuesta al idioma y cultura españoles y por eso los mantuvo. «Entre nosotros hablábamos en español. En ruso, sólo con los rusos», dice otra niña de la guerra de la Unión Soviética que trabajó como traductora de ruso en Cuba, Isabel Argentina Álvarez Morán (González y Alted 2003:78). En cambio, el regreso al entorno cultural original después de muchos años puede plantear problemas, y así sucedió con los retornados de 1956, que se encontraron inadaptados a la situación española. Araceli deja entrever este mismo fenómeno, cuando dice que le resulta difícil adaptarse a algunas cosas. No hay que perder de vista el hecho de que



el que emigra y no regresa en un tiempo tan prolongado tiene una idea de su lugar de origen que no suele corresponderse con la realidad en el momento del regreso. Evidentemente el Gijón que recordaba Araceli de 1937 no se parece demasiado al Gijón de 1968, que es cuando regresa por primera vez. España en esos años había pasado por cambios fundamentales de urbanización, industrialización y modernización en general.

Para poder mediar entre culturas hace falta tener competencias al menos en cuatro aspectos de la cultura, según Taft (1981:73):

- el conocimiento sobre la sociedad. En este aspecto, Araceli estaba muy familiarizada con la sociedad soviética y hasta cierto punto con la española, pero le tocó aprender usos y costumbres en relación con la sociedad cubana, desde el medio físico -tan distinto- hasta aspectos concretos del habla, las costumbres, etc. Como señala Oksaar (1984:40), el aprendizaje para vivir entre dos o más lenguas y dos o más culturas es un proceso y no un estado.
- competencias de comunicación: gestos, forma gráfica y hablada de comunicar. Igualmente, tuvo que aprender sobre la marcha los hábitos cubanos y también los de los diferentes profesionales rusos a los que le tocaba interpretar. Ella misma señala las diferencias entre la labor en el Ministerio de Finanzas en Moscú, donde interpretaba lecciones de economistas y la de la instrucción técnica militar impartida por oficiales rusos en Cuba.
- competencias técnicas en las dos culturas, tales como los rituales propios de cada cultura en lo que atañe al estatus de cada persona en la sociedad, aspectos como el instrumental en la comida, etc., que para ella, como hispanosoviética, no serían difíciles de asimilar. En cambio, los técnicos y militares rusos residentes en Cuba no adquirirían hábitos cubanos, sino que mantenían sus costumbres y las transmitían a sus hijos como si vivieran en Rusia. En ese aspecto, mantenían una actitud de superioridad cultural reforzada por su situación de dominación semicolonial que hacía que los rusos no fueran populares en Cuba.
- competencias sociales para actuar adecuadamente en los papeles sociales apropiados. En este sentido, la formación de Araceli en la Unión Soviética, pero sin haber perdido las referencias culturales españolas, le sirve para entender la cultura política rusa, que está dominada por el autoritarismo y por evitar los riesgos, donde importa más el contexto que el contenido (Smith 1989:5-6), y donde tanto en la cultura rusa tradicional como en la soviética lo verbal tiene primacía sobre lo real (Glenn 1981:280) con las diferentes visiones de una misma ideología entre los latinoamericanos y los rusos. No hay que olvidar que buena parte de su mediación lingüística en Cuba se hizo a partir de intervenciones de militares soviéticos. La revolución cubana estuvo alineada con las posiciones ideológicas soviéticas en los años en los que Araceli actuó como intérprete allí. De hecho, si hubo servicios de mediadores lingüís-

ticos se debió a que la formación técnica –incluida, claro está, la militar– de «cuadros» cubanos en aquella época se produjo a partir de la inspiración soviética. Pues bien, aun cuando los principios inspiradores fueran idénticos, los matices culturales diferenciaban a cubanos y a rusos. En la entrevista que aparece como apéndice de esta comunicación pueden verse los comentarios de un alto mando militar cubano acerca de la indelicadeza en las formas de un coronel soviético para con una señora denotando un componente cultural latinoamericano distinto del ruso.

Partiendo de las premisas anteriores, es decir, que Araceli Ruiz cumplía los requisitos lingüísticos y culturales para mediar entre el ruso y el español, procede ahora pasar a los demás aspectos del ejercicio de la interpretación. El caso que nos ocupa, en el que la intérprete no se había preparado técnicamente para la interpretación, sino que aprendió practicando, sobre la marcha y aplicando el sentido común, no es la excepción sino que ha sido más bien la regla para la gran mayoría de quienes se han ocupado de estas tareas hasta hace sólo unas décadas. Me parece importante destacar la importancia que Araceli Ruiz otorga a la preparación temática como clave para poder realizar la interpretación.

[...] antes de ir a la clase le preguntaba al profesor el tema que íbamos a tratar para estudiarlo y prepararme. Interpretaba clases de contabilidad, de planificación, etc. para los economistas cubanos. Así que yo tenía que prepararme lo que iba a dar el profesor ruso para salir airosa.

(Araceli Ruiz- Ésta y todas las citas que siguen están tomadas de la entrevista que figura en el apéndice)

Aunque Araceli Ruiz estudió en español y en ruso durante los años de formación preuniversitaria, los estudios universitarios los realizó sólo en ruso. De modo que el tecnolecto de la economía y de las materias militares con las que le tocó lidiar lo manejaba en un principio en ruso, pero no en español.

Traducción no había hecho yo nunca ni tampoco dominaba la terminología en español. Yo les dije: «Vosotros me necesitáis como traductora porque entiendo los dos idiomas. Ahora bien, la terminología de la economía la conozco en ruso, pero no en español. Me voy a elaborar un diccionario específico y, cuando haya alguna palabra que no entienda, yo os explico la idea. Vosotros me dais la definición en español y así me facilitáis a mí el trabajo y yo os ayudo a vosotros». Es como empecé a hacerme mis glosarios.

En este comentario aparece una idea interesante en la formación de intérpretes y es que estos, como puede atestiguar cualquiera que se dedique a la profesión, aprenden terminología no sólo «antes» sino también «durante» el desarrollo de su actividad, incluso durante la reunión concreta, y la van incorporando confeccionándose sus glosarios de reunión, en libretas o fichas, como se hacía hasta fechas no lejanas, o en ordenadores como hacen quienes se han incorporado a

las tecnologías de la información. Pero hay que tener presente que para que pudiera incorporar esos conocimientos sobre la marcha, un elemento clave era la formación universitaria que ella tenía. Cumplía así con la condición de poseer la «cultura general» en la que se insiste en todo programa de formación de intérpretes. Suele decirse que resulta más fácil enseñar a interpretar a alguien que conoce los idiomas y los temas que enseñar los contenidos a quien simplemente domina la técnica de interpretar.

Una facilidad es que nosotros teníamos una preparación universitaria, que aunque hablasen de física, de técnica, sabías. Pero yo les decía: «Ten en cuenta que no todos tienen esa facilidad y tienes que dar la posibilidad al intérprete de que comprenda lo que tú quieres decir».

Un aspecto que se desprende de su experiencia de intérprete y que tiene interés señalar es el hecho de que no da igual cuáles sean los idiomas entre los que se interpreta a la hora de plantear las tácticas de interpretación. Las diferencias entre el ruso y el español en lo que respecta a la configuración sintáctica, flexión, etc. plantean dificultades de las que es consciente el intérprete, pero no necesariamente el orador original.

El ruso del Ministerio tampoco estaba acostumbrado a hablar para que lo tradujese. Me decía dos palabras, y yo le decía: «No me diga dos palabras porque no entiendo lo que quiere decir. Dígame un pensamiento completo y luego yo ya sé cómo interpretarlo». «Tú traduce lo que yo diga». Hubo dificultades y más con los militares, que dan órdenes y ya.

Araceli siempre trabajó en la modalidad de consecutiva («En cabina no he trabajado nunca») y, como es natural, tuvo que idear su propio sistema de toma de notas, para el cual optó intuitivamente por la forma que suele ser más habitual, es decir, tomar las notas en el idioma de llegada.

Un último aspecto que deseo comentar es que, en el entorno profesional en el que se movió Araceli su labor esencial fue de mediación lingüística bilateral. En las situaciones que ella misma describe, además de la interpretación consecutiva propiamente dicha, tuvo que trabajar a veces haciendo traducción oral a la vista y también traducción escrita. Ello es prueba de una cierta indefinición de las funciones de intérprete y de traductor, en momentos en los que la tipificación de la profesión de intérprete –incluso en la modalidad de conferencias y en otros entornos de trabajo– estaba todavía por consolidarse. En este sentido, es curioso señalar que la profesión de traductor, tal vez por ser más «nebulosa», tuviera un reconocimiento económico mayor que la de economista: «Cuando regresé a Moscú yo ya no quería volver al Ministerio de Finanzas como economista. De traductora se cobraba más».

## 4. Conclusiones

Los factores políticos condicionan y, a veces, determinan la elección de los idiomas oficiales en las organizaciones internacionales, influyendo así de forma decisiva en la potenciación de determinadas combinaciones lingüísticas. Así, el alemán no formó parte de los idiomas oficiales de la Sociedad de Naciones ni de las Naciones Unidas, aun siendo un idioma vehicular de enorme peso en una buena parte de Europa.

Los acontecimientos «extremos» pueden influir considerablemente también en un momento determinado en esa combinación lingüística. Eso explica las necesidades de intérpretes afganos durante la reciente guerra en Afganistán o de intérpretes de árabe durante la guerra del Golfo. Ello no sólo para las relaciones directas *in situ*, sino también para la difusión de las noticias procedentes de los teatros de la guerra. Valga de ejemplo el programa directo en multipantalla de Vía Digital durante el 11 de septiembre de 2001 y los días siguientes, en el que se transmitían con interpretación desde el idioma original hacia el español varias cadenas de televisión en inglés (CNN, ABC, NBC, BBC) y la cadena de televisión qatarí en árabe Al Yazira.

Las guerras y los acontecimientos extremos tienen repercusiones inmediatas en la población que las vive y padece, pero también tienen consecuencias a largo plazo para las generaciones siguientes. Las guerras internacionales exigen la comunicación multilingüe. Los idiomas son armas estratégicas y los intérpretes son un instrumento importante en la logística de los conflictos. Las guerras tienen consecuencias demográficas, tanto en lo que respecta a los parámetros vegetativos (muertos, no nacidos) como a los movimientos de población, con el proceso implícito del bagaje lingüístico que se acarrea y las posibilidades de aprendizaje de otros idiomas. Por tanto, las guerras son a veces «escuelas» forzadas de idiomas.

A las guerras les suceden normalmente negociaciones de paz y reequilibrios en el panorama geoestratégico internacional. En las negociaciones de paz se necesitan a menudo mediadores lingüístico-culturales. Las organizaciones internacionales que se crean para preservar la paz suelen necesitar traductores e intérpretes. Muchos intérpretes en el siglo XX fueron resultado de las condiciones creadas por conflictos y extremos. Llegaron a la profesión por azar; la aprendieron con la práctica, sobre la marcha y fueron elementos estratégicos importantes tanto durante la guerra como durante los procesos de paz.

## Referencias

- ARNAUD, René. 1966. *Tragédie bouffe: A Frenchman in the First World War*. Trad. de J. B. DONNE. Londres: Sidgwick & Jackson.
- AUSTIN, William M., ed. 1967. *Papers in linguistics in honor of Léon Dostert*. La Haya-París: Mouton.
- AXELROD, Robert. 1986. *La evolución de la cooperación. El dilema del prisionero y la teoría de juegos*. Versión española de Luis BOU. Madrid: Alianza Universidad.
- BAIGORRI JALÓN, Jesús. 2000. *La interpretación de conferencias: el nacimiento de una profesión. De París a Nuremberg*. Granada: Comares.

- BOCHNER, Stephen, ed. 1981. *The Mediating Person: Bridges Between Cultures*. Boston: Hall.
- CALVET, Louis-Jean. 2002. *Le marché aux langues*. París: Plon.
- DURAND, Charles X. 1997. *La langue française: atout ou obstacle?* Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- EKVALL, Robert E. 1960. *Faithful Echo*. Nueva York: Twayne Publishers.
- GASKIN, Hilary, ed. 1990. *Eyewitnesses at Nuremberg*. Londres: Arms.
- GERVER, D. y W. H. SINAIKO, eds. 1978. *Language interpretation and communication*. Proceedings of the NATO Symposium on language interpretation and communication. Nueva York: Plenum.
- GLENN, Edmund S. 1981. *Man and Mankind: Conflict and Communication between Cultures*. Norwood (Nueva Jersey): Ablex.
- GONZÁLEZ, Roger y Alicia ALTED. 2003. La infancia perdida. *El País Semanal*, 12 de enero de 2003, pp. 75-79.
- HANKEY, Maurice (Lord). 1946. *Diplomacy by conference*. Nueva York: Putnam's Sons.
- HARDING, Edith y Philip RILEY. 1987. *The bilingual family*. Cambridge: C.U.P.
- HERBERT, Jean. 1978. How conference interpretation grew. En D. GERVER, y W. H., SINAIKO, eds. pp. 5-10.
- HOBBSAWM, Eric. 1994. *The Age of Extremes*. Nueva York: Pantheon Books.
- HUSÉN, Torsten y Susan OPPER. 1984. *Educación multicultural y multilingüe*. Trad. de Guillermo SOLANA. Madrid: Narcea (original *Multicultural and multilingual education in immigrant countries*, Oxford: Pergamon, 1983.)
- LÓPEZ, Luis Matías. 2003. Las «cortas» vacaciones del 37. *El País Semanal*, 12 de enero de 2003, pp. 80-81.
- MACDONALD, R. Ross. 1967. Léon Dostert. En William M. AUSTIN, ed. *Papers in linguistics in honor of Léon Dostert*. La Haya-París: Mouton, pp. 9-14.
- OKSAAR, Els. 1984. Multilingüismo y multiculturalismo desde el punto de vista del lingüista. En HUSÉN y OPPER, eds., pp. 33-59.
- PERSICO, Joseph E. 1994. *Nuremberg. Infamy on Trial*. Nueva York: Viking Penguin.
- PINKER, Steven. 1995 (1994). *The Language Instinct*. Nueva York: HarperPerennial.
- SMITH, Raymond F. 1989. *Negotiating with the Soviets*. Bloomington e Indianapolis: Indiana University Press.
- TAFT, Ronald. 1981. The Role and Personality of the Mediator. En S. BOCHNER, ed. *The Mediating Person: Bridges Between Cultures*. Boston: Hall, pp. 53-88.
- WALTERS, Vernon. 1978. *Silent Missions*. Nueva York: Doubleday.

## Apéndice

### Entrevista con Araceli Ruiz Toribios, «niña de la guerra»

*Esta entrevista tuvo lugar el 10 de abril de 2000 en Salamanca. La versión que presento consiste en la transcripción «editada» de aquella conversación, con algunas aclaraciones realizadas en conversaciones telefónicas posteriores con la entrevistada.*

Araceli Ruiz (AR): Nací en julio de 1924 en Venta de Baños, pero a mi padre, que era ferroviario, lo trasladaron a Gijón cuando yo tenía un año o menos y allá nos quedamos. O sea, que iba a cumplir 12 años cuando empezó la guerra.

Jesús Baigorri (JB): ¿Qué estudios había realizado en España?

AR Primero estudié en un colegio de monjas; después, cuando la revolución de octubre [de 1934], nos pasaron a un colegio nacional y allí estudié cuatro cursos, porque cuando llegué a la URSS nos clasificaron según la preparación de cada uno y me pusieron en el cuarto grado.

JB ¿Cuántos miembros más de la familia fueron a la URSS?

AR Fueron otras dos hermanas. Una iba a cumplir cinco y la otra era un año y medio más joven que yo. Al principio estuvimos tres años en Leningrado juntas, pero luego nos separaron y estuve toda la vida separada. Ellas dos juntas y yo separada. No sé por qué, el motivo no lo comprendo aún, pero bueno...

JB ¿Qué día salió de España y desde dónde?

AR El 23 de septiembre de 1937 desde Gijón, del puerto de El Musel. Serían las dos de la madrugada. Una noche triste, El Musel oscuro, nadie nos despedía, solitos solitos nos embarcaron en un barco, me parece que chino –al menos la tripulación era china– y salimos con bastante dificultad porque el *Cervera* estaba al acecho y bombardeaba todos los días Gijón. Por eso parece que nuestro barco tuvo que rodear y tardamos dos o tres días en llegar a Francia.

JB ¿Cuáles diría Ud. que fueron las razones por las que las mandaron fuera? ¿Sus padres eran particularmente significados políticamente?

AR Mi padre era afiliado de la UGT. Algo debía de ser, porque lo metieron en la cárcel. Estuvo en el penal de Burgos no sé cuántos años y al salir no lo dejaron volver a trabajar en la RENFE y tuvo que dedicarse a la construcción. Éramos seis hermanas, más ellos dos, ocho y el único que trabajaba era él. Por lo que yo recuerdo, con un sueldo de 300 pesetas, debieron de pensar: «Bueno, mandamos a las pequeñas allá, y por lo menos las libramos de este hambre y de esta tragedia». Era para tres o cuatro meses, según se pensaba entonces... Después se prolongó toda una vida y fue cuando se dijeron: «¿Para qué las mandamos?» Pero bueno, yo considero que ha sido un exilio positivo, porque nosotros no hubiéramos alcanzado nunca la preparación que adquirimos allá.

JB ¿Se quedó todo el tiempo en Leningrado?

AR En Leningrado estuve tres años. Cuando los niños iban creciendo se vieron obligados a formar dos «casas de jóvenes», una en Moscú, para los que querían seguir carrera universitaria, y la otra en Leningrado para los que querían trabajar. Como yo no había terminado aún el bachillerato, me mandaron a otra «casa de niños» en Odesa, en el Mar Negro, que fue donde me sorprendió la segunda guerra mundial. Como era un puerto importante, el primer día que empezó la guerra bombardearon los alemanes. Recuerdo que era domingo, estábamos paseando y algunos decían: «Fíjate qué aviones, se parecen mucho a los que volaban por Gijón».

«¿Cómo se te ocurre pensar eso?», respondimos. Decir eso y empezar el bombardeo. Entonces salimos a la desbandada, caminando hasta el puerto, donde ya no había barcos. Nos decían que fuéramos andando hasta Jersón, pero finalmente el Partido dijo: «Para los niños españoles hay que poner un barco». Y salimos de allí hacia Jersón, otro puerto del Mar Negro. De allí cogimos el barco por el Dniéper, subimos hacia el Norte y ya empezó la tragedia. Esto era en 1941, que prácticamente lo pasamos cambiando de un tren a otro. Nuestros vagones los retiraban a menudo a la vía muerta para dejar pasar a heridos y armamento. Bueno, ahí fue la tragedia. Nos llevaron a Sarátov, a las orillas del Volga, una ciudad fría, en la que empecé a trabajar en una fábrica de material de aviación de guerra. Hicimos unos cursos y empecé a trabajar de soldadora, después de tornera... pero el hambre era tan acuciante y la situación era tan difícil con el frío... Porque llegábamos a 50 bajo cero, mal vestidos, mal comidos... Decidieron mandarnos a Tbilisi, en Georgia, porque allí hacía menos frío. Descendimos por el Volga a Stalingrado, de allí a Astraján, en barco a Bakú y de Bakú en tren a Tbilisi. Pero allí también llegaron los bombardeos. Me enteré de que pasaban por allí los de la «casa de jóvenes» de Leningrado, que venían sin rumbo escapando del cerco de Leningrado. Me acerqué a la estación y allí encontré a mi hermana, que venía como educadora. Así que decidí escaparme con ellos. Me decían que me iban a deportar, que me iban a juzgar por desertora, ya que las fábricas eran de guerra. Pero, después de vicisitudes tremendas en las que tuvimos que ir caminando, en tren, como podíamos... llegamos hasta Samarcanda, donde estaba la «casa de jóvenes» de estudiantes evacuados de Moscú. Me incorporé a aquella «casa de jóvenes», me puse a estudiar Medicina, pero la situación era imposible y me fui a un *koljós* a recoger algodón, a recoger lo que fuera, para poder por lo menos comer. Allí estuve hasta que terminó la guerra. En diciembre de 1945 nos trasladaron a todos a Moscú para seguir los estudios y así es como empecé peritaje de construcción de puentes y carreteras. Terminé el peritaje y trabajé tres años como perito de puentes y carreteras en las carreteras de Moscú. Después terminé la universidad en el Instituto de Ingeniería, donde me licencié como ingeniera economista del ferrocarril. Trabajé cinco años de eso y entonces se produjo la revolución cubana y me llamaron para trabajar con un grupo de economistas cubanos que habían venido a Moscú y ahí es donde empecé la traducción. Eso fue en 1960 en el Ministerio de Finanzas. Traducción no había hecho yo nunca ni tampoco dominaba la terminología en español. Yo les dije: «Vosotros me necesitáis como traductora porque entiendo los dos idiomas. Ahora bien, la terminología de la economía la conozco en ruso, pero no en español. Me voy a elaborar un diccionario específico y, cuando haya alguna palabra que no entienda, yo os explico la idea. Vosotros me dais la definición en español y así me facilitáis a mí el trabajo y yo os ayudo a vosotros». Es como empecé a hacerme mis glosarios. Al principio me fue muy difícil, porque no era traducción escrita sino oral, allí se llama *sinjronnij*, «simultánea» [en el sentido de que se hacía de forma inmediata y sin texto]. El ruso del Ministerio tampoco estaba acostumbrado a hablar para que lo tradujese. Me decía dos palabras, y yo le decía: «No me diga dos palabras porque no entiendo lo que quiere decir. Dígame un pensamiento completo y luego yo ya sé cómo interpretarlo». «Tú traduce lo que yo diga». Hubo dificultades y más con los militares, que dan órdenes y ya.

JB ¿Qué otra preparación tuvo Ud.?

AR Por ejemplo, antes de ir a la clase le preguntaba al profesor el tema que íbamos a tratar para estudiarlo y prepararme. Interpretaba clases de contabilidad, de planificación, etc. para los economistas cubanos. Así que yo tenía que prepararme lo que iba a dar el profesor ruso para salir airosa. En la época de mi trabajo en Cuba nada de preparación. Era una clase en la que tenías delante 30 o 40 soldados y el capitán o el teniente ruso que hablaba y tú directamente a interpretar. ¡Y era técnica militar, que no la conocía! Nosotros no éramos militares, éramos civiles. Pero los militares rusos nos trataban como si fuéramos militares. Recuerdo que íbamos en coche y el coronel al que acompañaba cogía el *Gramma* y me decía: «Traduce». «No, yo no voy a traducir ahora, en camino. Cuando lleguemos traduzco lo que quiera, pero en camino no

me voy a estropear la vista.» Te daban la orden y ya está. Recuerdo que un alto militar cubano, comandante de las fuerzas blindadas, me decía: «Habrán terminado mil academias, pero es un cuadrúpedo». Los cubanos son tremendos... pero, claro, tenía razón, porque un coronel tiene que comprender que ha de ceder el paso a una dama en vez de darle con la puerta batiente en las narices y facilitar las cosas para traducir. Hablaba todo el rato, sin hacer una pausa y yo iba tomando notas, porque no puede uno retener todo en la memoria. Yo les decía a los rusos. «Lo primero que tienes que hacer es que yo lo entienda, dámelo de tal manera que lo pueda entender». Una facilidad es que nosotros teníamos una preparación universitaria, que aunque hablasen de física, de técnica, sabías. Pero yo les decía: «Ten en cuenta que no todos tienen esa facilidad y tienes que dar la posibilidad al intérprete de que comprenda lo que tú quieres decir». Era difícil con ellos, no te creas. Los rusos tenían una cultura más elevada que muchos de los cubanos, que al principio eran en buena medida guajiros bajados de la Sierra, y además los rusos sabían que mandaban y los tenían subordinados. La verdad es que los rusos vivían como en colonia, sobre todo los militares, que no entraban en contacto con la vida de los cubanos. Los que éramos españoles sí, claro. De hecho, yo creo que fue gracias al contacto con los cubanos por lo que estoy yo aquí, porque si no creo que no habría salido de la Unión Soviética. Los rusos trajeron consigo por ejemplo la costumbre de la bebida, hasta el punto de que al principio los soldados compraban hasta el alcohol de 90° que se vendía en las farmacias. Los cubanos no podían entenderlo y nos pidieron que escribiéramos carteles en ruso diciendo «NO HAY ALCOHOL» para ponerlo en las farmacias.

JB Ya imagino. Recuerda si cuando traducías del ruso al español tomaba las notas en español.

AR En español.

JB ¿Y cuando traducías del español al ruso?

AR Las tomaba en ruso.

JB Ud. insiste en una verdad de Perogrullo: que había que saber lo que el otro decía antes de poderlo interpretar, pero ¿recuerda algún caso de malentendidos?

AR A mí no me han pasado, pero te voy a decir una anécdota de un traductor ruso en la época de la crisis, cuando las interpretaciones eran peliagudas. Sabes que en Cuba está la base de Guantánamo, en manos de los estadounidenses. Hubo un conflicto allá y los cubanos decidieron cortarles el agua potable que recibían de Cuba. Aquel ruso, cuando le dijeron que iban a cortar el agua, tradujo al ruso que iban a cortar «las aguas». Por «las aguas» entendieron los rusos el acceso marítimo, y entonces se armó el lío. Fue una mala interpretación. El ruso no entendió bien e interpretó el agua potable que recibían por canalización como las aguas marítimas. Te puedes imaginar el conflicto. Llamaron a un hispano-soviético: «Explica eso». Cuando se enteraron vieron que era otra cosa. Fue cuando les cerraron el agua potable y los americanos tuvieron que traer el agua en cisternas.

JB ¿Trabajó también en cabina?

AR En cabina no he trabajado nunca. Los «niños» empezamos la traducción muy tarde. El monopolio de la traducción lo tenían los mayores. Sabían mejor el idioma español, aunque el ruso no lo dominaban tan bien como nosotros.

JB Se refiere Ud. a la generación de los educadores, los maestros.

AR Los maestros... Los que llegaron en el año 1939, entre los que había locutores, gente más preparada en ese sentido. Sabían mejor el idioma. Entonces ellos se metieron en las traducciones de los libros, literatura, porque se pagaba bien. Cuando ellos empezaron a dejar eso echaron mano de nosotros. Pero ha habido gente, buenos traductores, entre los jóvenes.

JB ¿Llegó a sentirse más a gusto en ruso que en español?



AR Cuando estaba allá, incluso en casa, aunque mi esposo era español, nos salía mejor el ruso, porque como estabas todo el día hablando el ruso y luego con los amigos en la calle en ruso sólo, te salía el ruso sin querer. Pero es curioso que entre los «niños» que fuimos allá formamos un idioma nuevo, mezcla de español y ruso.

JB Cuando Ud. empezó a traducir para los economistas en 1960 primero estaba ubicada en Moscú, pero luego se trasladó a Cuba.

AR Trabajaba en el Ministerio de Finanzas y cuando vinieron los cubanos me puse a trabajar de traductora y les gustó tanto al Ministerio de Finanzas que me dejaron en la Sección de Divisas de dicho Ministerio. Pero trabajé unos cuatro o cinco meses, porque hubo un llamamiento para ir a Cuba a trabajar con el ejército. Bueno, pues vamos a trabajar allá. En 1961 mi esposo y yo fuimos con la hija que teníamos de 6 años y nos incorporamos directamente. Nos llevaron a Pinar del Río a una base militar de aviación, la de San Julián, que era donde estaban los soviéticos, donde estaban los misiles de la crisis de 1962, misiles de tierra-tierra, tierra-aire y tierra-mar. Y llegaron los Mig 28, los bombarderos, no sé si eran 26 o 28, empaquetados. Se habían desempaquetado unos cinco o seis y empezaron a volar. Entonces vino el jaleo de Florida, con Kennedy y Jruschov. De verdad te digo que, como yo era ya más consciente, me di cuenta del peligro. Estábamos todos acuartelados, en situación de alerta. Nunca en mi vida he pasado tantos nervios como entonces, porque si entonces Rusia da la prioridad a los cubanos de tener ese armamento se arma la tercera guerra. Sólo faltaba tocar un botón. Pero bueno, no les dieron eso. Recuerdo el enfado de Fidel [Castro], que a los dos o tres días hizo que el Gramma publicara unas letras así de grandes en negro: «Nikita, Nikita, lo que se da no se quita». Yo decía: «Menos mal, por lo menos salimos de esta crisis».

JB ¿Cuánto tiempo estuvo en Cuba en esa estancia?

AR Seis años, hasta el año 1966.

JB ¿Cuánta gente fue como Ud. para estas funciones con los cubanos?

AR Hubo dos grupos. Un grupo de unos 120, que venían con el Ministerio. El otro grupo fue contratado por los partidos, el partido comunista nuestro y el partido cubano, que serían unos 20. Los del primer grupo no iban como traductores sino como especialistas, entre ellos mi hermana la pequeña, que trabajó con el Che Guevara en el Ministerio de Industria.

JB Cuénteme eso.

AR Ella trabajó directamente con el Che Guevara y te voy a contar un episodio muy curioso que nos pasó, porque cuando se enteró el Che Guevara de que éramos niñas de la guerra española evacuadas a la URSS, o sea, hispanosoviéticas como nos llamaban, y que luego colaborábamos con la revolución cubana, se interesó por nuestros padres. «Nuestros padres están en España». «¿Y no los habéis visto?» «Pues no, hace 30 años que no los vemos». «¿Y por qué?» «Pues mira, porque ellos no tienen dinero para venir a Cuba.» «Pero bueno, ¿vosotros podéis costear el viaje?» «Claro que lo podemos costear, si Uds. nos dejan mandarles los dólares». «Pues va a ser Cuba la que os dé la cita para encontraros con vuestros padres después de 30 años». Y efectivamente, gracias al Che Guevara vinieron mis padres a Cuba al cabo de 30 años, vinieron cuando me nació mi hija allá en Cuba y estuvieron cuatro meses con nosotros. Por eso, yo al Che Guevara no le puedo olvidar jamás. Para mí es el ser más humano, más cariñoso, más caritativo, incluso lo veo como un hombre guapísimo.

JB Su trayectoria después como traductora continuó también en Moscú, ¿verdad? Pero traductora escrita más que oral. ¿En Cuba hizo traducción escrita también?

AR Sí, sí. Los manuales militares, los manuales de comunicaciones, que es en lo que yo trabajaba, las estaciones de radio, los transmisores, eso lo traducía al español por escrito. Cuando

regresé a Moscú yo ya no quería volver al Ministerio de Finanzas como economista. De traductora se cobraba más. Y me propusieron trabajar en Radio Moscú. Trabajé 12 años en Radio Moscú en la redacción de América Latina para los pueblos de habla hispana.

JB ¿Qué otros nombres recuerda de intérpretes o traductores y que se hayan quedado allí en Cuba?

AR Por ejemplo, sé de Libertad Fernández, que se casó con un cubano. Después, allá quedan pocos. Queda Ana del Bosque; su hijo vino ayer o anteayer a saludarme. Tenemos allá a Vicente Delgado, a un sobrino de Dolores Ibárruri, no sé si se llamaba Amelio, casado con Carmen. Después, ya no recuerdo. Hace tantos años... Mi hermana está allá aún, Conchita Ruiz.

De Moscú sí. Había muchos traductores. Teníamos a Elena Bernal, que ahora está en Zaragoza, una buena traductora. José Fernández que está en Madrid, también un buen traductor. Francisca... que está en Valencia, Ayala creo que se apellida. De traductora estuvo Teresa Imbert... Eso de las jóvenes. De los mayores había muchos traductores.

JB Una cosa interesante que comentó ayer en la charla o en la mesa redonda es que para Uds. en el fondo el exilio forzoso les permitió adquirir una serie de destrezas y de conocimientos que al fin y al cabo les han cambiado la vida para bien.

AR Para bien, claro. Imagínate tú, si yo me hubiera quedado en España hubiera sido ama de casa nada más y apenas sabría leer y escribir, porque mis padres no tenían posibilidad de darnos más preparación. Por eso digo que el exilio nuestro ha sido positivo, a pesar de todas las dificultades y de todas las tragedias y de toda el hambre, yo lo considero positivo. Porque la preparación que nos dieron y el mimo con el que nos trataron al principio... Claro, nadie tiene culpa de que empezara una guerra peor aún de la que sufrimos aquí. Allá fue todo el pueblo ruso el que sufrió. Fueron 20 millones los que murieron en la guerra. Un puñadito de españoles es lógico que sufriera lo mismo. A pesar de que tengamos que señalar las cosas negativas, el balance ha sido positivo, ha sido una suerte.

JB ¿En qué año regresó?

AR En 1981.

JB O sea que tardó mucho a volver.

AR Sí. Mi marido murió en 1975. Decidí esperar a la pensión. Seguía trabajando en Radio Moscú. Arreglé los documentos. Pero tenía mis dudas, para no dejar a mi hija mayor en la Unión Soviética, ya que su marido no podía salir entonces. Me vine a España con la pequeña, y empecé a hacer los trámites para ayudar a la mayor. Fue Fernando Morán el que me ayudó. En una de sus visitas llevaba el asunto mío junto con otros, y lo resolvió y en el año 1983 me vino mi hija con toda la familia.

JB ¿Ud. no había venido a España entretanto?

AR Había venido en 1968, después de haber regresado de Cuba. Nos hicieron un interrogatorio tremendo en Gijón, mi esposo y yo en cabinas separadas. Ellos sabían perfectamente que habíamos estado en Cuba. Al salir de Moscú nos dijeron: «Tenéis que mentir en algún momento. No vais a decir que habéis trabajado con el ejército... Pues mentid desde el principio». Y ellos sabían mejor que nosotros dónde habíamos estado en Cuba e insistían. «¿Con quién trabajaron en Cuba?» «Que no hemos estado en Cuba». «Señores, Uds. están mintiendo». Yo temblando. Recuerdo que pedimos un prórroga de diez días y nos la negaron. Vinimos a Madrid, a la Dirección General de la Policía a preguntar por qué nos negaban la prórroga. «Porque en el interrogatorio sus respuestas no han sido nada satisfactorias». Y fíjate qué casualidad que se enfermó mi hija mayor con sarampión. Llamo a un médico particular y le digo: «Tengo que marcharme mañana, atravesar toda Europa, ¿Ud. cree que puedo con esta niña así?» «De ninguna manera, yo le voy a dar un certificado

de la cuarentena, pero seguro que no la van a creer». Y efectivamente, lo llevé a la policía. Al día siguiente me viene un policía vestido de paisano a ver cómo estaba mi hija y tuvieron que dejarme. Y decía mi padre: *¿Ves? No hay mal que por bien no venga*. Y nos quedamos me parece que 25 días más. Por eso yo después no quería venir, porque me van a preguntar.

JB En el 81 ya no tuvo problemas, ¿no?

AR No. Tuve problemas de adaptación. Unos burócratas en Oviedo tremendos. Incluso uno me dijo: *¿por qué se marcharon?* Luego me hizo presidenta de la asociación para ayudar a los que vienen de Moscú. Por lo menos los que vienen ahora tienen una orientación sobre dónde tienen que empezar, etc.

JB Muchos se volvieron, ¿verdad?

AR Los del 56, que nos hicieron mucho daño a los que nos habíamos quedado allá. Porque ellos llegaron y en la prensa salieron mucho y cuando volvieron a Moscú llegaron hablando horrores. Los que estábamos pensando en venir nos preguntábamos, *¿dónde voy yo?* Si vas sola vale, pero con toda la familia... vamos a esperar. Y entre esperar y esperar esperé desde 1956 a 1981, otra vida. Por eso digo yo que los del 56 no acaban de asimilar. Hablas con muchos de ellos y no quieren oír hablar mal de Stalin. Yo no quiero hablar mal de Stalin, sino describir la realidad, simplemente lo que fue, lo que hizo. Ellos no quieren oír hablar. Y se creen que hablando de cosas reales eres antisoviética. Y yo digo, *«pero si ya no existe la URSS, si los mismos rusos la han traicionado»*. Nosotros vivimos ese cambio y ese cambio también te cambia a ti. Te cambia la mentalidad y nosotros vinimos de otra manera. No es que uno venga en contra de aquello. Es imposible olvidarlo y tenemos amigos entrañables. Yo no puedo odiar aquello.

JB Siempre fue española, ¿no?

AR No, he sido soviética. Perdí la nacionalidad. Tuve que escribirle al Rey para recuperar la nacionalidad. Estuve casi hasta el año 1953 con el pasaporte que llamábamos *«de espía»*, un pasaporte que nos daban sin nacionalidad, apátrida. Cada tres meses teníamos que presentarnos en la policía, para justificar que estábamos allí, no podíamos salir del recinto de Moscú sin permiso. Yo estaba estudiando en la Universidad y nos daban un privilegio de uno o dos viajes al año en ferrocarril, pero yo no podía porque no era soviética. *¿Qué pierdo yo con el pasaporte soviético?*, me pregunté. Solicité el pasaporte soviético, perdiendo la nacionalidad española, dejé el de *«espía»* y tuve el soviético hasta que me vine acá. Cuando se abrió la embajada española en Moscú tuve que escribirle una carta al Rey pidiéndole recuperar la nacionalidad española porque ya pensaba yo en volver. Con unos testigos, el embajador... La partida de nacimiento dice *«recuperó la nacionalidad española en función de tal y tal»*. Recuperé la nacionalidad en el año 1976 ó 77, cuando abrieron la embajada.

JB Muchas gracias. ¿Me permitirá que la llame en algún momento si tengo alguna duda?

AR Gracias a ti. A tu disposición.